

## “Hacia la parte delantera del candelabro”

*“El Señor dijo a Moisés: ‘Dile a Aarón: “Cuando instales las siete lámparas, estas deberán alumbrar hacia la parte delantera del candelabro””.*

— *Números 8:1,2* —

**Con qué frecuencia** los cristianos se encuentran, al estudiar la Biblia, que alguna afirmación aparentemente poco importante tiene vinculada una enorme profundidad de significado. Tal es el caso con las palabras de nuestro texto. Estas instrucciones, dadas a Moisés y Aarón con respecto a la disposición del Tabernáculo, tienen un significado mucho más profundo para nosotros que el que tenían para el pueblo de Israel. “Todo eso les sucedió para servir de ejemplo [griego: *tupos*, o tipo] y quedó escrito para advertencia nuestra”, dice el apóstol. Es de gran ayuda al proponernos caminar así como caminó Jesús.—I Cor. 10:11

Después de llegar a Moria, Abraham se preparó para ofrEn Éxodo 25:31-37, se describe el candelabro o la lámpara. Era una pieza hermosa. Las lámparas estaban dispuestas de manera tal que cada una diera luz “contra”—es decir, frente—al candelabro para demostrar su belleza, y para dar luz para las actividades que se realizaban dentro del compartimiento Sagrado del Taberná-

culo. Las ramas que sostenían las lámparas dependían del asta central de la lámpara a modo de soporte, y la luz llamaba atención a esa importancia.

Los estudiantes de la Biblia aprecian que el Tabernáculo y sus servicios eran “una sombra de los bienes venideros”. (Heb. 10:1) Si el oficio de encender las lámparas es una “sombra”, veamos si podemos entender la lección general—la realidad, es decir. El Apóstol Pedro en I Pedro 2:9 nos informa que debemos proclamar la “luz admirable” de la Verdad de Dios. En Romanos 14:8, el Apóstol Pablo dice además: “Si vivimos, para el Señor vivimos”.

En Apocalipsis 1:12,13,16,20, leemos sobre una visión de Juan el Revelador: “Me volví para ver de quién era la voz que me hablaba y al volverme vi siete candelabros de oro. En medio de los candelabros estaba alguien “con aspecto de un hijo de hombre”, vestido con una túnica que le llegaba hasta los pies. [...] En su mano derecha tenía siete estrellas”. Se dio a Juan la siguiente explicación: “Las siete estrellas son los ángeles [mensajeros] de las siete iglesias y los siete candelabros son las siete iglesias”.

Esta es una hermosa imagen de Cristo y su iglesia. Todo verdadero cristiano es un “portador de luz”. “Ustedes son la luz del mundo”, dijo Jesús. (Mat. 5:14) Solo aquellos que pertenecen realmente a Cristo, y que participan como servidores de la causa divina, se muestran en la imagen del candelabro. Las lámparas fueron dispuestas de modo que no se glorificaran, sino que glorificaran el asta; que indica que un cristiano no debe vivir para glorificarse, sino para glorificar a Cristo. “No nos predicamos a nosotros mismos, sino a Jesucristo como Señor; nosotros [...] servidores de ustedes por causa de Jesús”.—II Cor. 4:5

Vemos esto ilustrado en la vida de los apóstoles. En Hechos 3:1-17, leemos sobre Pedro y Juan curando

al hombre que nació cojo. “Todo el pueblo” estaba inclinado a alabar a Pedro y a Juan por este milagro que había hecho Pedro, pero negó que la curación fuera por su propio poder o santidad, y dijo que era por la “fe que viene por medio de Jesús”, que había sido crucificado “por ignorancia” por parte del pueblo.—versículos 12,16,17).

Luego, en Hechos 14:8-18, después de curar a un hombre lisiado en las piernas, el pueblo intentó ofrecer sacrificios al Apóstol Pablo y su compañero Bernabé, quienes creían ser dioses caminando entre ellos. Sin embargo, Pablo y Bernabé no aceptaron sus devociones. En lugar de ello, le contaron al pueblo sobre el gran Dios que podía hacer cosas mucho más grandes. Más adelante, en Hechos 16:16-18, leemos que Pablo se negó a aceptar elogios incluso de los diablitos. Los apóstoles deseaban que su luz brillara solamente contra el candelabro. Querían que Cristo fuera glorificado.

Cuando la luz del verdadero Cristo brilla, dará un testimonio a Cristo. Nunca busca llamar la atención a sí misma, sino siempre a su Señor y Salvador. Una de las mejores pruebas de los seguidores del Maestro es que siempre, en todo lo que son y todo lo que hacen, buscan glorificar a Cristo. Al igual que esas lámparas, están siempre iluminando la gloria del candelabro. Tienen cuidado de decir que la luz que revelan está fundada solamente en Cristo, y mantenida por él.

Qué imagen nos revelan esas lámparas. El asta—Cristo—sostiene y soporta las lámparas. El sacerdote, que también representa a Cristo, suministra el aceite, figurativo del Espíritu Santo. El sacerdote enciende las lámparas y retira la escoria de los pabilos que evitaría que se quemaran con una luz brillante. A esto se refería Pablo cuando dijo: “Porque para mí el vivir es Cristo”. (Fil. 1:21) Es todo Cristo, por la autoridad que le fue dada por el Padre Celestial, Jehová.

La vida del cristiano es una vida de servicio, pero todo servicio debe darse en gloria de Dios y su Hijo. Es importante entender que ciertos servicios que se afirman que se hacen en nombre de Cristo no son aceptables para él. Mateo 7:22 nos advierte: “Muchos me dirán en aquel día: “Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre y en tu nombre expulsamos demonios e hicimos muchos milagros?”. Entonces les diré claramente: “Jamás los conocí. ¡Aléjense de mí, hacedores de maldad!”. Las personas a quienes se dirigió con tales palabras afirmaban actuar en nombre de Cristo, y así y todo dice que eran sirvientes de maldad. Si nuestro servicio no se hace totalmente para glorificar a Cristo y nuestro Padre Celestial, podemos asegurarnos de que es nuestra carne caída o la influencia del mundo afirmándose.

Podría hacerse mucho supuesto servicio, y podrían lograrse resultados supuestamente excelentes, y sin embargo el motivo podría ser atraer atención y el honor de otras personas. Podría haber grandes logros para el hombre, y aun así no habría luz “hacia la parte delantera” del candelabro. ¿Por qué? Porque se llama atención al trabajo o a quienes lo hacen, y no a Cristo. Se hace énfasis en las personalidades y enseñanzas humanas, en lugar de en Cristo. La luz no es producida por el aceite que suministra la mano del Sumo Sacerdote, por lo tanto el candelabro no está iluminado.

Esto indica una importante lección. No puede haber luz si no hay aceite. Por lo tanto, no puede haber una verdadera enseñanza o servicio en nombre del Señor sin la ayuda del Espíritu Santo. Cualquier luz que ilumine la glorificación humana no glorifica a Cristo y, por ende, no se considerará que emana del candelabro. Las siete lámparas que brillaban hacia adelante no se encendieron para mostrar su belleza, sino para que pudieran iluminar el asta y la Santidad el Tabernáculo.

## ¿Qué es un Cristiano?

¿Ser cristiano significa cuánto podemos ganar personalmente por seguir a Cristo? Eso podría ser encomiable en la medida en que lo que busquemos sea la dicha espiritual. Si, por lo tanto, seguimos a Cristo, muchas bendiciones espirituales deberían correspondernos. Por lo tanto, debemos esperar gozar de estos frutos de nuestra experiencia cristiana: amor, dicha, esperanza, paz y otras consecuencias agradables. Sin embargo, la vida cristiana significa más que ser receptores de bendiciones divinas.

No debemos pedir ni esperar cosas materiales a cambio de nuestro servicio a Dios. Ser cristiano no es cuestión de cuánto podemos recibir, sino de cuánto podemos dar. Tampoco se trata de cuánto podemos hacer, sino de cuánto puede hacer Cristo en nosotros, a través de nosotros y junto a nosotros. Nuestro Señor reveló qué significaba la vida para él cuando dijo: “Me agrada, Dios mío, hacer tu voluntad”; “He venido a hacer tu voluntad”; “Siempre hago lo que le agrada”, mi Padre. (Sl. 40:8; (Heb. 10:9; Juan 8:29) Cuando Jesús casi había completado su trabajo terrenal, “dirigió la mirada al cielo y oró así: [...] Yo te he glorificado en la tierra”. (Juan 17:1,4) Glorificó tanto a Dios que podía decir “El que me ha visto a mí ha visto al Padre.”.—Juan 14:9

Al estudiar la vida del Maestro, observamos que estuvo llena de las raras virtudes que lo caracterizaban como alguien diferente de todos los demás. ¿Qué causó que estas raras cualidades fueran tan abundantes en su vida? Fue porque tenía acceso continuo a la gran fuente de todas las virtudes divinas. Todos estos méritos estaban repletos de la rica fragancia de una perfecta comunión con Dios, de quien fluía el carácter divino.

Tenemos acceso a la misma fuente y, a causa de esto, las mismas virtudes deben fluir de nuestras vidas. No tendrán la misma abundancia de dulzura con la que

fluían de Cristo a causa de nuestros débiles e imperfectos recipientes, pero igualmente deberían fluir. Entonces, así como nuestro amado Maestro vivió por la gloria del Padre, nosotros debemos vivir por la gloria de Cristo y el Padre. Este es el objetivo real de todos los verdaderos cristianos.—Rom. 15:5-7; Fil. 2:11; Ap. 1:5,6

## **Dichas Cristianas**

Se ha dicho de algunas personas que han tenido éxito en sus emprendimientos, que han amasado considerable fortuna y alcanzado mucha fama, que aprovecharon su vida al máximo y le sacaron el jugo. En cierta medida, esto podría ser admirable, siempre y cuando sea merecido. Sin embargo, los cristianos no dependen de cosas terrenales para su dicha, porque su máxima felicidad está en Jesucristo su Señor, su asociación y comunidad con él, y con otros que encuentran dicha de formas similares. Realmente pueden cantar “Si bien los ríos creados se pueden secar, yo aún tengo una fuente”.

Jesús dijo: “la vida de una persona no depende de la abundancia de sus bienes”. (Lucas 12:15) Para “sacarle el jugo a la vida”, como dice el dicho, podríamos estar robándole a alguien más; pero si ponemos algo valioso en la vida, no solo nos enriquecemos, sino que bendecimos la vida de otras personas, y de esta manera llevamos honor y gloria a Dios y su Hijo, Jesucristo.

En Washington DC, hay un hermoso monumento a Abraham Lincoln. Las luces están dispuestas y ajustadas de manera tal que la figura de Lincoln se destaca en relieve. De la misma manera debería ser con los fieles cristianos. Sus vidas deben estar ordenadas de manera tal que revelarán muy claramente la imagen de Cristo. Consideremos este asunto con atención, y asegurémonos de que nuestra vida esté dedicada totalmente a Cristo, y seamos “ transformados a su semejanza con

más y más gloria”.—II Cor. 3:18

Esta verdad se nos ilustra de otra manera. Jesús dijo que los términos para que seamos sus discípulos son: primero, negarse a uno mismo; segundo, cargar con la cruz; y tercero, seguirlo con obediencia. (Mat. 16:24) No podemos ser seguidores de Cristo hasta que lleguemos al lugar donde él comenzó. Cuando, a través de la fe en la sangre de Jesús, demostrada por una consagración completa, hemos estado justificados o hemos sido justos en la mirada de Dios, solo entonces podemos seguirlo realmente.—Rom. 5:1,2; 12:1

Recordemos cómo se ilustra esto en el Tabernáculo. Había dos cortinas. La primera se denominaba la “puerta” del Tabernáculo, o Carpa de reunión. (Éx. 26:36) Esta entrada al compartimiento Sagrado es una imagen apta de la muerte de la voluntad humana y el principio de una nueva vida en Cristo. Al pasar por esta puerta, figurativamente, ingresamos a una nueva experiencia. Todo cambia. El Apóstol Pablo lo describe de esta manera: “Si alguno está en Cristo, es una nueva creación. ¡Lo viejo ha pasado, ha llegado ya lo nuevo!”—II Cor. 5:17

Si hemos alcanzado esta condición, cesaremos de confiar en la mente de la carne y nos someteremos a la mente de Cristo. (1 Cor. 02:16; Fil. 2:5) Desde este nuevo punto de vista, mientras miramos directamente hacia adelante, “mirando a Jesús”, vemos la segunda cortina, o velo, con su hermoso bordado trabajado. (Heb. 12:2); Éx. 26:31-33) Mirando firmemente el velo, su belleza debe influirnos para darnos cuenta de él como la entrada al lugar simbólico de la morada divina. Tal belleza debe inspirarnos a desarrollar el “fruto pacífico de justicia” en nuestra vida—para llegar a ser más como Cristo día a día. (Heb. 12:11) A medida que el paso de la primera cortina muestra nuestra entrada en esta nueva vida en Cristo, basada en nuestra acepta-

ción de los términos divinos del discipulado, el paso de la segunda cortina significará el cumplimiento de esos términos fielmente “hasta la muerte”. (Ap. 2:10) De hecho, aun mientras moramos simbólicamente en la Santa Condición, nuestra esperanza es “como un ancla del alma, segura y firme, y que se adentra dentro del velo.”—Heb. 6:19

En el Sagrado del Tabernáculo, el candelabro estaba ubicado en el lado sur del compartimento. El norte, en las Escrituras, a menudo representa la perspectiva celestial, y por lo tanto podríamos pensar en el sur como la perspectiva terrenal. Porque el candelabro está en el lado sur no significa que lo que representa es terrenal, sino que podría mostrarlo como reconocido desde el punto de vista terrenal.

Cada una de estas lámparas tiene una mecha a través de la cual debe fluir aceite para dar luz. Aunque el aceite representa al Espíritu Santo, que viene de Dios y está libre de todas las impurezas, la mecha bien podría representar la humanidad del cristiano que todavía existe, incluso cuando dan luz “sobre el candelabro”.

En el proceso de dar luz, a veces se produce carbono que interfiere con el brillo brillante de las lámparas, por lo que el sacerdote debe cortar las mechas. Así leemos que Aarón debía cortar las lámparas del candelabro, tanto por la mañana como por la tarde, cada día para que continuaran brillando con fuerza. (Éx. 30:7,8, Nueva Biblia Estándar Americana) Al seguir los pasos de Cristo, a menudo hay evidencia en nuestras vidas de ciertas cosas que impedirían ser luces brillantes. Esas experiencias deben ser invalidadas por el Sumo Sacerdote de nuestra profesión para eliminar el carbono—los defectos—recortando simbólicamente las mechas de nuestras lámparas para que puedan brillar con mayor brillo.

El apóstol Pablo se regocijó de tener tales experien-

cias. Nosotros también, debemos sentirnos orgullosos hasta de las dificultades, porque sabemos que la dificultad produce paciencia, la paciencia produce experiencia; y la experiencia, esperanza: Una esperanza que no decepciona, porque, al darnos el Espíritu Santo, Dios nos ha inundado con su amor el corazón”. (Rom. 5:3-5)

La Biblia también servirá para limpiar la escoria. A veces se asemeja al agua que nos lava, la “limpieza del agua por la palabra”. (Ef. 5:26) Jesús oró: “Santifícalos por tu verdad”. (Juan 17:17) Tanto por la Palabra de Dios como por las experiencias de la vida se nos hace brillar más brillantemente para que podamos glorificar a Dios en nuestros cuerpos. (I Cor. 6:20) Este, entonces, es el propósito de nuestra vida como cristianos, para vivir de tal manera que podamos mostrar la gloria de Dios y de Cristo y así brillar “sobre el candelabro”.

\*\*\*